



ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA
AL HILO DE LA OBRA DE
S. AGUSTÍN, *LA CATEQUESIS DE LOS PRINCIPIANTES*,
Y DE OTROS TEXTOS DEL PAPA BENEDICTO XVI

Lección 1:

INTRODUCCIÓN A LA OBRA DE SAN AGUSTÍN.

**LAS DIFICULTADES DE DEOGRACIAS Y LA
EXPERIENCIA DE S. AGUSTÍN**

SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*.
Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988)

I. INTRODUCCIÓN

San Agustín tiene 46 años, cuando escribe esta obra. Es su cuarto año como obispo y corre el año 400¹.

1. ¿QUIÉNES SON LOS «PRINCIPIANTES» DE LOS QUE HABLA S. AGUSTÍN?

La obra se titula *De Catechizandis Rudibus*, esto es, *La catequesis sobre los principiantes*, y la primera cosa que valdría la pena saber es quiénes son estos “principiantes” (*rudes*) a los que se refiere.

Los adultos que se acercaban a la Iglesia con deseo de bautizarse y hacerse cristianos, empezaban un periodo largo de formación catequética, de instrucción espiritual y de vida

¹ Aunque algunos autores lo datan unos años después, en el 405.

litúrgica, que se llamaba el catecumenado. Duraba varios años y se dividía en diversas etapas y los que iban recorriendo las diversas etapas se llamaban “catecúmenos”.

Los catecúmenos eran considerados por la Iglesia ya como hijos suyos, hijos en gestación, que debían ser dados a luz con el Bautismo. Así, el catecumenado se consideraba como el útero materno de la Iglesia, donde se daba forma a los nuevos hijos.

Antes de que un adulto fuese admitido en el catecumenado, recibía unas catequesis destinadas a mostrar cuál era realmente el núcleo de la fe de la Iglesia, su verdadero corazón, que es el mismo corazón de Dios, esto es, Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre muerto en la cruz por amor nuestro, resucitado para nuestra salvación, que ha amado a todo hombre y a cada hombre le ofrece el perdón, la salvación y la vida plena.

Se pretendía con este primer periodo de catequesis que los principiantes pudiesen alcanzar una primera adhesión a la persona de Jesucristo, para poder así comenzar su seguimiento ya en el interior del catecumenado.

Ya bien avanzada la obra, cuando san Agustín ha ofrecido a Deogracias un ejemplo del recorrido de catequesis que se debe hacer en este periodo, dice: «Expuesto todo esto, se le ha de preguntar si cree y si desea observar esas cosas. Cuando haya aceptado, se hará sobre él la señal de la cruz y se le tratará según la costumbre solemne de la Iglesia»². Se refiere san Agustín al rito, muy importante, de ingreso en el catecumenado.

De estas personas que aún no han entrado en el catecumenado, es de las que habla san Agustín, fundamentalmente³. En el catecumenado establecido hoy por la Iglesia, estas personas son las que están en el periodo del «precatecumenado» y son llamados «simpatizantes».

Que se refiera a la catequesis a los «simpatizantes» es uno de los aspectos que dan más interés a la obra, porque es el único tratado que se nos conserva de la antigüedad sobre esta etapa de la instrucción.

«Entre los [...] que se acercaban a solicitar ser inscritos en el grupo de los catecúmenos, había de todo: paganos de buena voluntad, herejes, niños o jóvenes que habían recibido alguna instrucción en su casa. Algunos, incluso, poseían unos conocimientos aceptables de literatura cristiana. Pero todos ellos están agrupados bajo el denominador común de principiantes (*rudes*)»⁴.

«El principiante (*rudis*) sería un aspirante al catecumenado o al cristianismo... que ocupa un lugar intermedio entre el pagano que debe ser evangelizado por primera vez y el catecúmeno propiamente dicho»⁵.

² SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 527

³ Decimos fundamentalmente porque no está claro que el tratado tenga a estas personas como referente único a estos que . El editor de la edición que seguimos opina que es así. Yo creo más bien, siguiendo a Daniélou, que las instrucciones de la obra no se limitan a la instrucción de los simpatizantes, aunque son, sin duda, su centro de interés. Cf. J. Daniélou, *La Catequesis de los primeros siglos*, (Burgos 1988) 245

⁴ JOSÉ OROZ RETA, *San Agustín. De Catechizandis Rudibus* (BAC 499; Madrid 1988) 427.

⁵ *Ibid.*, 428

2. ¿POR QUÉ ESCRIBE ESTA OBRA Y A QUIÉN LA DIRIGE?

La obra, probablemente compuesta en el 400, va dirigida a Deogracias, un diácono encargado de la catequesis en Cartago⁶.

Deogracias había solicitado a Agustín no un ejemplo de exposición catequética, sino la exposición de algunos «preceptos y normas para que su discurso a los catecúmenos fuera eficaz y fecundo»⁷. También «deseaba conocer concretamente en qué período de la historia bíblica debía comenzar la narración, y cuándo debía acabar, y si había que añadir una exhortación o bastaba una breve exposición de los preceptos que regían la vida de los cristianos»⁸.

3. CONTRIBUCIÓN A LA CATEQUESIS

La *Catequesis a los Principiantes* es un tratado único como guía de la labor del catequista, y «una valiosa contribución al contenido y al método de la catequesis, con algunas importantes innovaciones»⁹.

3.1. La primera innovación: Hasta entonces la narración de la catequesis se limitaba a la historia bíblica, mientras que Agustín incluye en esta narración la historia de la Iglesia hasta su época¹⁰.

3.2. Otra novedad: hasta él la enseñanza moral estaba basada en la doctrina de los dos caminos. Partía de aquellas tremendas palabras bíblicas que aparecían en el libro del Deuteronomio: «Hoy llamo como testigos a los cielos y la tierra: pongo ante vosotros la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elige, pues, la vida, para que tú y tu descendencia viváis» (Dt 30,19).

San Agustín, por el contrario, es el primero que usa el Decálogo como la pieza fundamental para la formación moral. «Es el primer escritor sobre catequesis que pone de relieve el Decálogo como resumen de los dos grandes mandatos del amor: el amor a Dios y el amor al prójimo, y como fundamento de la moralidad cristiana»¹¹.

Y es el primero que, tomando el tema bíblico de las tablas (Cf. Ex 31,18), asigna los tres primeros mandamientos a la primera tabla, y los siete restantes a la segunda,

⁶ «La misma persona a la que el año 406 Agustín dirige la carta 102, que trata de las relaciones con los paganos» *Ibid.*, 429

⁷ *Ibid.*, 429

⁸ *Ibid.*, 430

⁹ *Ibid.*, 431

¹⁰ Cf. *Ibid.*, 432

¹¹ *Ibid.*, 432

mostrado que los tres primeros se refieren al amor a Dios y los restantes al amor al prójimo.

Así enseña en un sermón: «Como la caridad comprende dos preceptos de los que, según dice el Señor, penden la ley y los profetas [...] así los diez preceptos se dividen en dos tablas: tres están escritos en una tabla y siete en otra»¹².

Y lo más importante sobre su enseñanza moral: San Agustín une el progreso moral a la relación amorosa con Dios. Se da cuenta de algo fundamental: que el Decálogo se inserta en el diálogo amoroso, que testimonia la Escritura, entre Dios e Israel. El Decálogo no se entiende fuera de ese diálogo amoroso establecido por Dios.

Cada uno de los mandatos es una concreción de los deberes que impone la relación de amor con Dios y, a partir de él, con los hombres.

Por lo tanto, la educación moral se inscribe y se entiende en el marco de la Alianza, de la relación de amor a la que Dios nos ha llamado y en la que hemos sido establecidos.

Y en otros lugares, como en *La Ciudad de Dios*, vincula este doble mandamiento con el fin propio del hombre. El hombre tiene un fin, una meta, que constituye su bien, su única posible dicha y el Decálogo guía nuestro camino hacia ese fin. Dice:

Nuestro bien, sobre cuya meta tal debate hay entre los filósofos, no es otro que unirnos a él: su abrazo incorpóreo, si se puede hablar así, fecunda el alma inmortal y la llena con verdaderas virtudes. Se nos manda amar este bien con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. A este bien debemos llevar a los que amamos y ser llevados por los que nos aman. Así se cumplen los dos mandamientos en que consiste la Ley y los Profetas: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente", y "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Para que el hombre supiese amarse se le puso delante la meta, a donde tenía que dirigir todo lo que hacía para ser feliz. Y esta meta es unirse a Dios¹³.

3.3. Pero la novedad más importante de la obra es que san Agustín pone el foco de atención en la persona que recibe la catequesis, la persona concreta con sus «cualidades y defectos, con sus virtudes y sus miserias [...] Lo que intenta Agustín es la formación personal, concreta, tal cual puede ser en individuos determinados que exigen un tratamiento propio y adecuado a cada caso»¹⁴. Y no sólo presta atención a las personas que reciben las catequesis, sino también a las personas concretas de los catequistas.

Observa a unos y a otros, desmenuza, con una aguda observación psicológica los condicionamientos de unos y otros ante la catequesis y, una vez puestos de manifiesto, los trata con el remedio de la espiritualidad cristiana más genuina. Sus páginas son inigualables tanto por su penetración psicológica como por su espiritualidad.

¹² SAN AGUSTÍN, Sermón 32,2

¹³ SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios* X, 3. *Obras Completas de San Agustín* XVI (B.A.C 1988, Madrid)

¹⁴ J. OROZ, *San Agustín. De Catechizandis*, 434-435

En los textos anteriores de tipo catequético, lo que observamos sobre todo es una gran atención a diversos contenidos de la catequesis. En esta obra el centro de atención pasa a las personas protagonistas de la catequesis, catequistas y catequizandos.

3.4. Por último: La catequesis es un ejercicio de caridad. No hay mayor caridad que transmitir la fe. El amor al prójimo encuentra su realización más alta en llevarlo a Dios, en hacer posible que alcance a Dios. Y sólo la fe nos permite ese acceso a Dios. Por eso, la transmisión de la fe propia de la catequesis se presenta como un ejercicio de la más alta caridad con el prójimo.

Además, la caridad es la clave para afrontar las diversas situaciones concretas que se presentan en la catequesis. Una vez puestas de manifiesto las dificultades psicológicas y espirituales de quién recibe y de quién da la catequesis, deben ser afrontadas desde este núcleo vivo de la caridad.

La caridad nos impulsa a dar, a dar lo más valioso que tenemos, a dar la fe, a darla con alegría. «Dios ama a los que dan con alegría» (2 Cor 9,7). El amor y la alegría con que el verdadero amor se da, es lo que hace fecunda la catequesis.

¿Cómo llega a ser fecunda la catequesis? Es la primera cuestión que Deogracias, el diácono de Cartago, le había planteado a san Agustín. Es una cuestión que nosotros nos planteamos a menudo.

Y san Agustín insiste: la fecundidad está en la caridad que da con alegría. La alegría en el dar la fe es un punto fundamental para el obispo de Hipona.

Ahora, esta alegría no es una alegría forzada o simulada, es la alegría que da el Espíritu Santo, Espíritu de amor. «Agustín ha insistido en muchas ocasiones en el Maestro interior, como fuente inagotable de alegría, y ahí radica el secreto de toda la didáctica agustiniana»¹⁵.

Pues bien, si la catequesis es un ejercicio del amor, cuyo primer movimiento es ofertar la propia fe con alegría, debe traducirse en la aparición de vínculos de amor cristiano, entre catequistas y catecúmenos. El amor tiende a superar la mera enseñanza y transforma la instrucción cristiana en «comunidad viva en la que, por voluntad consciente del que enseña y del que aprende se realiza el más elevado proceso de ascensión humana»¹⁶.

¹⁵ *Ibid.*, 448-449

¹⁶ *Ibid.*, 436

II. LAS DIFICULTADES DE DEOGRACIAS Y LA EXPERIENCIA DE SAN AGUSTÍN.

San Agustín empieza haciendo referencia a las dificultades de Deogracias:

- No saber cómo exponer de forma adecuada las verdades de la fe, no saber cómo hacer su discurso eficaz y fecundo.
- No saber dónde ha de empezar y terminar la narración.
- Si luego, debe o no añadir alguna exhortación o los preceptos de la vida cristiana.
- Sentimiento de insatisfacción y aburrimiento, “en ti y en tus oyentes”.

Vamos a leer los dos primeros números de la obra, porque seguro que vosotros os sentís identificados en alguno de estos puntos:

Me pediste, hermano Deogracias, que te escribiera algo que pudiera ser útil acerca de la catequesis de los principiantes. Me decías en efecto, que en Cartago, donde eres diácono, a menudo te presentan algunos que van a recibir su primera formación en la fe cristiana, porque creen que tienes abundantes dotes de catequista, por tus conocimientos de la fe y la persuasión de tus palabras. Tú, en cambio, según confiesas, casi siempre te encuentras en dificultad cuando tienes que exponer adecuadamente aquellas verdades que debemos creer para ser cristianos. No sabes cómo ha de comenzar y terminar la narración; ni, si terminada esta, debes añadir alguna exhortación o más bien los preceptos, mediante la observancia de los cuales el oyente debe aprender a mantenerse cristiano de profesión y en la realidad.

Me confesaste además y te quejas de que a menudo, durante un discurso largo y desgarrado, tú mismo te sentías insatisfecho y aburrido, y más aún las personas que instruías con tus palabras y los que te escuchaban¹⁷

Aunque a lo largo del libro se vuelve a afrontar este problema, San Agustín comienza dando una primera respuesta a la última dificultad expresada por Deogracias, ofreciendo su propia experiencia personal. Que podría resumirse en los puntos siguientes

1. Con frecuencia, a los oyentes les parece mejor el discurso que a quien lo hace:

No quisiera que te preocuparas de que con frecuencia tu discurso te parezca pobre y aburrido, pues puede suceder que, mientras a ti te parece indigno [...] la opinión de aquellos que estás instruyendo sea muy diferente. Tampoco a mí me agradan casi nunca mis discursos¹⁸.

2. Primera causa del tedio del catequista. El disgusto del catequista es debido — viene a decir san Agustín, teniendo en cuenta su propia experiencia—, en primer lugar, a que lo que yo veo de forma clara y rápida en mi inteligencia, luego no puede sino

¹⁷ S. AGUSTÍN, *De Catechizandis*, 448-449

¹⁸ *Ibid.*, 449-450

expresarse en un discurso lento, donde se pierde la brillantez del primer pensamiento, que además, mientras tanto, se pierde:

Lo que yo comprendo inunda mi alma con la rapidez de un rayo; en cambio, la locución es lenta, larga y muy diferente, y mientras van apareciendo las palabras lo que yo había entendido se va retirando a su escondrijo [...] Y nos damos cuenta de qué diferente es el sonido [torpe] de nuestro discurso, de la claridad penetrante de la intuición¹⁹.

3. Consecuencia de nuestro tedio: El tedio, este disgusto profundo e interior provocado por que no nos gusta nuestro discurso y nos parece inútil, hace que el mismo discurso vaya perdiendo cada vez más viveza, que se haga mortecino:

Deseando con ansia [...] el provecho de nuestro oyentes [...] nos atormentamos y nos vemos invadidos por el tedio, como si nuestro esfuerzo fuera inútil; y a causa del tedio nuestro discurso se va haciendo más lánguido y menos vivo de lo que era en el momento inicial de nuestro desánimo²⁰.

4. Sin embargo, a pesar de que a mi me parece cada vez más tedioso me doy cuenta que a los otros les aprovecha:

La atención de los que desean escucharme me convence con frecuencia de que mis palabras no son tan fías como a mi me parece, y por su satisfacción descubro que están sacando algún provecho [...] así, que pongo gran interés en desempeñar con atención mi servicio²¹

5. Y san Agustín viene a decirle: Aunque tengas esa sensación de insatisfacción ante tu propio discurso, el hecho de que frecuentemente te encarguen esta tarea es signo de que algún provecho sacan los que te oyen. Por tanto no te consideres inútil, aunque veas la distancia que hay entre lo que deseas dar y lo que das de hecho. En esta vida no sólo nuestras palabras son imperfectas, tampoco nuestro pensamiento es capaz de llegar donde quisiéramos, ni siquiera nuestro amor es capaz de ello:

¿Quién no ve en esta vida sino mediante enigmas y como en un espejo? Ni siquiera el amor es tan grande que pueda penetrar, rota la oscuridad de la carne, en la serena eternidad, de donde de alguna manera reciben su luz hasta las cosas perecederas²².

6. Otra razón, la segunda, de que despreciemos nuestros propios discursos a los que instruimos es que nos agrada la originalidad en nuestra exposición y nos desagrada hablar de cosas ya conocidas.

¹⁹ *Ibid.*, 450-451

²⁰ *Ibid.*, 451

²¹ *Ibid.*, 451-452

²² *Ibid.*, 452

7. Pero lo cierto es que: «Se nos escucha con mayor agrado cuando también nosotros nos recreamos en nuestro propio trabajo, porque el hilo de nuestro discurso vibra con nuestra propia alegría y fluye con más facilidad y persuasión». Por eso es el tedio lo que debemos combatir, él nos impide llevar a cabo nuestro servicio con alegría

8. Y termina esta parte: Lo difícil no es establecer que cosas, objeto de nuestra fe, debemos exponer, ni por dónde debemos empezar y por dónde terminar. Ni cuando debemos extendernos y cuándo debemos abreviar. Nada de eso es lo difícil en la catequesis, lo difícil es no caer en el tedio, o mejor, lo difícil es ofrecer nuestro ministerio con alegría. Justamente esto es lo primero que debemos buscar: los medios para que el catequista cumpla su servicio con alegría:

Lo que siempre hemos de cuidar sobre todo es ver qué medios se han de emplear para que el catequista lo haga siempre con alegría, pues cuanto más alegre esté más agradable resultará... Pero el que esta alegría aparezca en el momento oportuno corresponde a la misericordia de aquel que nos ordena la generosidad²³.

Es muy importante entender que san Agustín habla de una alegría que es fruto del Espíritu Santo. La alegría verdadera que acompaña la caridad es fruto del Espíritu Santo, y no puede confundirse con el intento artificial de querer aparecer alegre.

²³ *Ibid.*, 453